

COMO UN TORRENTE ROSANA BRIEL

Mi nombre es Seth.

Siempre pensé que mi madre me lo puso porque adoraba la cultura de los antiguos egipcios, aunque no podría asegurarlo.

Murió cuando yo tenía cinco años y al ser madre soltera pasé a depender del estado puesto que no existía ningún familiar que pudiera hacerse cargo de mí.

Después de perder a la única figura constante en mi vida, los recuerdos de aquellos años vividos junto a ella se desvanecen dejando solamente en mi memoria un vago aroma a fragancia fresca.

Nunca tuve suerte.

Nunca nadie me quiso.

Nunca unos padres adoptivos se fijaron en mí, salvo para mirarme como a un bicho raro.

Imagino que debía parecerles poco menos que un salvaje escuálido con mis oscuras greñas y mis ojos verdes como los de un gato. Asumo que por aquel entonces ya era un indomable rebelde, así que los posibles candidatos huían espantados al conocerme. Nadie que se preciara de poseer un juicio razonable deseaba a un mocoso al que lo único que le importaba era hacer su santa voluntad.

Visto desde mi actual perspectiva, hoy que cumpla veintiocho años, yo tampoco aceptaría a un niño al que todo el mundo daba por perdido y al que nadie se veía capaz de meter en cintura. Crecí con la etiqueta de ser un bárbaro indomesticable y los años se sucedieron uno tras otro en aquel supuesto hogar mientras a mi alrededor los demás huérfanos decían adiós, divididos entre la tristeza de dejar atrás a sus compañeros y la alegría de encontrar un verdadero hogar. Prácticamente, todos los que me eran conocidos partieron. El resto de los que durante aquel tiempo entraron y salieron de allí, desfilando ante mis ojos, no me importaban.

Aprendí que el cariño duele.

Aunque ya era demasiado tarde para alejar de mí el que ya había depositado en la única persona que siempre estuvo a mi lado. La persona con la que crecí, aprendí todo cuanto se puede aprender, y la única persona que se llevó una parte de mí cuando murió.

Aidan.

Mi mejor amigo.

Mi compañero de fatigas.

El que secaba mis lágrimas. El que me hacía desear ser un adulto del que pudiera sentirse orgulloso y no el fiero niño que prefería ser un cafre solitario antes que mostrar la más mínima debilidad.

Con Aidan pude abrimme.

Ser yo mismo.

A su lado podía soñar con el futuro. Ver que el mundo estaba ahí para hacer lo que se me antojara. Me alentó a estudiar con su incansable apoyo, a no perder el tiempo porque, según él, si nosotros no pensábamos en nosotros mismos, nadie lo haría.

Gracias a él me transformé en un adolescente que sentía que ya no estaba de más. Me convertí en un muchacho muy diferente del chiquillo que fui.

Pero Aidan murió.

Sin ni siquiera cumplir los diez y ocho años.

Y parte de mi alma se fue tras él.

Todavía recuerdo con miserable dolor cómo la leucemia le arrancó de mi lado. Sus sonrisas tristes. Sus largos silencios. Su inquebrantable fuerza al no permitir que la enfermedad le venciera.

Pero le venció.

Se lo llevó una fría noche de luna llena.

Me volví loco.

Destrocé a puñetazos la habitación que compartíamos.

Ni siquiera me di cuenta de que lo hice llorando.

Después de aquello, todo cambió.

Acabé los estudios, más por respetar su memoria que por mi deseo, y me fui un año después de su muerte, cuando alcancé la mayoría de edad y en el centro ya nada me retenía.

Trabajé duro en todo aquello que surgió y viví en pensiones de mala muerte.

Pero nunca abandoné el sueño de Aidan.

Un sueño que gracias a él, también era mío.

La certeza de que algún día, si de verdad me lo proponía, mis creaciones, los dibujos en los que me entretenía en horas perdidas, ocuparían las estanterías de todas las librerías especializadas en literatura ilustrada.

No se equivocó.

Cuando vago por las calles y veo en algún escaparate mi obra llena de vida y color, pienso en mi amigo, en la única persona que yo he querido, y elevo una plegaria para que sepa que puede sentirse orgulloso de mí. Toda su fe, toda su amistad y todo su cariño, finalmente dieron sus frutos.

Aquí estoy.

Como el feliz y orgulloso creador de un personaje de leyenda que es el vivo retrato de Aidan.

Un superhéroe.

Mi superhéroe.

Mi amigo

Aidan.

Mi único amor.

Gracias.

Lamento haber comenzado contando mi penosa vida, pero necesitaba que comprendierais, aunque solo fuera de pasada, de dónde vengo y dónde estoy ahora.

Prometo no explicar nada más que os pueda poner tristes y sí explicaros mis peripecias, que para bien o para mal, son muchas.

¿Os he dicho que hoy es mi cumpleaños?

No lo recuerdo.

Pues sí.

Hoy cumplo veintiocho años.

¿Os he dicho que aún conservo mi larga melena negra?

¿Que tengo los ojos verdes?

Hummmm... sigo sin recordarlo.

En fin, lo mismo da.

Lo que sí recuerdo perfectamente es que no os he dicho que adoro a los hombres. Aunque no cuestiono vuestra inteligencia al creer que al revelar mi amor por Aidan, aún no os habíais dado cuenta.

Ni me avergüenzo ni me crea un trauma.

Yo soy así.

Así nací y así espero morir... algún día.

Me enamoro con mucha facilidad.

Pero nunca amo.

¿Entendéis lo que quiero decir?

Idolatro a esos tipos de espectaculares y prietos cuerpos.

Pero solo los utilizo como herramientas para mi placer.

Jamás amaré a nadie.

Lo juro.

No después de amar y perder una vez.

Así que esta noche para celebrar mi cumpleaños me voy de caza.

¿Queréis que os cuente mi aventura?

Tal vez de paso me podáis echar una mano y me brindéis algo de suerte, porque últimamente el tema de ligar anda un poco revuelto.

¿Sí?

Bien.

Pues adelante.

El taxi está en camino.

Me siento excitado.

La caza me emociona.

Nunca sé si voy a encontrar o no algo interesante, pero me encanta el proceso.

La verdad es que me paso un buen rato ante el espejo decidiendo qué ropa ponerme. Lo que sí tengo claro es que esta noche mi melena se va a

quedar suelta. Casi siempre me hago una coleta, pero después de unas cuantas veces, al final he comprendido que mi pelo suelto sobre los hombros es un poderoso reclamo. Reconozco que cuido mi aspecto, además, mi percha lo requiere.

Mido un metro noventa. Como creo haber dicho tengo el pelo negro, sutilmente ondulado, y me llega cerca de las paletillas. Los ojos verdes, de un verde que cuando me miro, hay veces que hasta a mí me sorprende. Me recuerda el color de los árboles en primavera. Puedo presumir —y lo hago— de un cuerpo bien formado. Todo está en su sitio. Nada de grasa —cuido mi dieta—. Aunque no soy nada musculado. Sí musculoso, pero sin parecer que me paso las horas en el gimnasio.

¡Detesto los gimnasios!

Y eso que allí hay cada ejemplar que... Fiuuuu.

Pero nada, nada. Prefiero correr en plena naturaleza.

Sentir los aromas de la tierra y el rítmico sonido de mis pasos.

¡A ver! ¡Orden!

Que ya me voy del tema.

Por favor, regañadme cuando lo haga. Es que tengo cierta tendencia a divagar.

¿Por dónde iba?

¡Ah sí! Por mi aspecto.

Pues eso.

Que delante del espejo una vez duchado y como mi madre me trajo al mundo... no sé qué ponerme.

Desde luego ropa interior no.

Que no hay nada más antierótico que ver a un tipo quitándose los calzoncillos. O por lo menos a mí me lo parece.

Pero que conste que es solo mi opinión.

Si el tipo está bueno me da igual lo que lleve.

Para eso estoy yo. Para quitar lo que sea necesario.

¡Y se me da de bien!

Bueno a lo que iba.

Que yo no me pongo calzoncillos.

Que voy más cómodo y que me mola más enseñar la sorpresa así, de golpe.

Para ir entrando en el tema, vamos.

¿No habíamos quedado en me llamaríais la atención si divagaba?

Desde luego, ya os vale.

Con vuestra escasísima ayuda al final ni me visto ni salgo a ligar. Cuando llegue a la disco solo quedarán cuatro borrachos y ningún tío bueno.

Agggghh.

La cuestión es que al final me enfundo unos vaqueros negros y una camiseta de manga corta también negra, por supuesto, que con mi cuerpo ese color me queda de perlas.

Resalta mis ojos.

Dudo entre unas camperas o unos Panamá Jack.

¿Dudo?

Estás tonto.

Las vaqueras. Que son más molonas con sus correas y su hebilla de acero.

Guardo la billetera en el bolsillo trasero no sin antes comprobar que llevo suficiente dinero. Me meto la llave del apartamento en el delantero y, aunque creáis que sí, no se me olvida lo más importante. Los condones. Esos van en trasero izquierdo.

Me pongo la cazadora de cuero y... *Voilà*.

Listo.

¿Nos vamos?

Bajo la escalera corriendo.

Como no os deis un poco de prisa y me sigáis de cerca, os pierdo.

Así que venga, espabilando.

Entro en el taxi y le indico al conductor la dirección de la disco.

Se trata de una a la que nunca he ido.

Por lo que me han comentado el ambiente es mixto.

Pero tengo la total seguridad de que no me voy confundir con ningún hetero.

Una vez allí hago la cola y pago mi entrada como un buen ciudadano.

En cuanto a vosotras, no es necesario.

¡Cómo vivís en mi imaginación!

Venga, vamos para dentro.

¡Oye, este sitio es estupendo!

El volumen de sonido está todo lo alto que cabe esperar, pero es un buen equipo. Suena nítido y sin distorsiones.

Me dirijo hacia una escalera con el pasamano de acero.

Supongo que desde lo alto el panorama será mucho más interesante.

¿Qué os parece? ¿Estamos de acuerdo?

Cuando llego al piso de arriba apoyo los antebrazos en la barandilla y echo un rápido vistazo.

Abajo, la pista está repleta de gente bailando. El humo del tabaco sube en espirales. Un tenue olorcillo a cuerpos calientes se respira en el ambiente.

Las luces blancas emiten intermitencias como en una loca danza, creando en el espectador la ilusión de que la gente se mueve a ritmo mecánico.

Desde luego, quien me recomendó este lugar por el ambiente liberal estaba en lo cierto. Distingo parejas de todos los sexos y nadie se preocupa de quién liga con quién.

Me llama la atención una mujer con toda la pinta de ir a la caza de una rubia despampanante, y sonrío divertido cuando la rubia responde a la solicitud con un gesto negativo señalando a un hombre que se acerca a ellas con una gran sonrisa y un par de copas en la mano.

Lo lamento muchacha.

La rubia está de muerte, pero es hetero.

Por mi parte decido acercarme a la barra y volver de nuevo a mi puesto de vigilancia. La noche acaba de empezar y aún hay mucho tiempo para buscar.

Antes de ni siquiera hacer el gesto de alzarme, una copa de cava aparece como por arte de magia delante de mis narices.

Me giro y paseo la mirada desde el burbujeante líquido hasta la mano que sujeta el cristal. Sigo hacia arriba por la manga de un traje de color azul marino hasta dar con la cara de un tipo que me hace sonreír.

—¿Te apetece? —pregunta un tanto inquieto.

El tipo duda de mi inclinación y se muestra un poco nervioso.

Seguramente tiene quince años más que yo, aunque eso, a mí no me importa.

No está mal.

Con ese traje tan severo y las gafas de acero redondas tiene una pinta de profesor despistado que me haría rechazarle rotundamente si no fuera porque sus ojos desmienten esa impresión.

Este tipo sabe lo que quiere.

Pero esta noche, yo busco algo más salvaje.

—No gracias —contesto—. Tal vez otro día.

Hasta vosotras coincidís conmigo en que hoy no es su momento.

El tipo se retira con un gesto de asentimiento y yo vuelvo a mi plan original.

Me acerco a la barra y pido un whisky con hielo.

Con la bebida en la mano regreso a mi puesto de vigilancia.

Paso un buen rato observando a la gente que se mueve de aquí para allá. Pese a que el local es de mi agrado me temo que esta noche no hay nadie que capture mi atención.

El vaso hace ya rato que reposa vacío en el suelo. Decido irme. Es temprano y pienso que quizás lo mejor es dejarme caer por mi local habitual.

Desciendo por la escalera y no sé quién o qué.

Tal vez el susurro de una de vosotras.

O una señal de alerta en mi cabeza.

El caso es que mi cuerpo se tensa.

Recorro con los ojos la largada de la barra y clavo la mirada en el rincón.

Ya le veo.

Ahí está.

¡Por todos los diablos del infierno!
¿Habéis visto eso?
Será mejor que me siente en este peldaño o al final me caeré de culo.
Dios mío, por favor, concédeme la gracia de que sea de mi ramo.
¡¡¡POR FAVOR, POR FAVOR, POR FAVORRRRRRR!!!
¡Virgen santa!
¡Ese tipo es un portento!
Desde aquí solo veo su silueta.
Pero hay algo en él que llama poderosamente mi atención.
Tal vez sea su postura fingidamente indolente.
Pero su modo de rastrear con la mirada...
Como si algo le alertara, alza el rostro y nuestros ojos se encuentran.
Claro, claro... Ahora lo entiendo.
Él también está de caza.
Tengo que averiguar de qué palo va.
Bajo el resto de los peldaños con las rodillas un poco temblorosas.
Lo admito.
Me estoy excitando al mismo tiempo que siento temor.
Sabéis de lo que hablo ¿no?
O es que queréis hacerme creer que nunca os habéis sentido inseguras
al acercaros a un tipo con la intención de ligar y, por un momento, como un
flash, habéis pensado, ¿y si la cago?
No os riáis.
No tiene gracia.
Ya me gustaría a mí veros aquí y ahora.
Que estas cosas nunca se saben cómo van a acabar.
Espero que no a tortas.
Me acerco lentamente y así, como quien no quiere la cosa, me cuelo
entre él y una pelirroja con unos pechos que podrían amamantar a toda una
nación.
Tsk.
Lástima que las mujeres no me exciten.
Con esa me pondría morao.
Pido un whisky y me quedo allí plantado como una lechuga.
La fresca fragancia de Cool Water invade mis fosas.
Proviene de él.
Lo que me faltaba.
Esa colonia altera mis sentidos. Siempre lo hace.
Así que le miro a los ojos.
Cruzamos nuestras miradas y siento que me derrieto.
Es solo un par de centímetros más bajo que yo.
Nuestros ojos quedan a la misma altura.
¡Imaginad!
Los míos verdes y ahora relucientes, seguro.

Los suyos...

¡Ay, los suyos!

Negros como una noche plagada de ocultos secretos.

Y yo ya estoy más que dispuesto a descubrirlos.

Estoy tan cerca de él que distingo con toda claridad cada contorno de su cuerpo.

El vaquero azul claro se ajusta a sus piernas mucho mejor de lo que imaginaba. Tiene unos muslos poderosos y la camisa de grandes cuadros negros y azules —como esas que usan los leñadores— deja a la vista unos antebrazos morenos y fuertes.

¡Anda!

Mira por dónde. Calza unas clásicas Panamá.

Tolera en silencio mi escrutinio igual que yo acepto el suyo.

Nos reconocemos como iguales cuando finalmente nos miramos con atención a los ojos.

Los míos vagan por su rostro.

Es realmente guapo.

Su pelo es tan corto como el mío largo.

Un tono más claro. Tal vez castaño. Cortado a cepillo.

Pero lo que más me gusta son sus labios.

Poseen una extraña sensualidad que me eriza la piel. Un trazo perfecto.

Ese tipo de labios que te hace desear morderlos por su textura y grosor.

Otra vez divago.

¿Por qué no decís nada?

Ya claro.

Ya lo pilló.

Vosotras también estáis pasmadas ¿no?

Mi whisky llega y ya no tengo motivos para permanecer allí.

¿Ataca?

¿Ataco?

¿Qué hago?

¡Podríaís echar un cable!

Desde luego, no sé por qué os permito acompañarme.

Solo vais de mironas.

¡Ehhhhhhhhhh!

¡Que estoy aquíiiiiii!

¿Queréis hacer el favor de decirme qué hago?

¡Menos mal!

Él toma la iniciativa.

Yo es que soy un poco tímido.

—¿Cómo te llamas? —pregunta con una voz que me hace pensar en cavernas oscuras.

—Seth —digo—. Me llamo Seth. ¿Y tú?

—Soy James —replica alargando el brazo.

Nuestras manos se unen y puedo sentir su calor atravesando mi piel.
Me gusta James.
Mucho.
Más de lo que debería para mi tranquilidad.
—¿Puedo invitarte a una? —señalo al contemplar su cerveza vacía.
Me mira con esos ojos tan profundos que me hechizan y sonrío.
¡Cristo!
Me voy a morir de un momento a otro.
La sonrisa de este tipo me deslumbra.
—¡Una cerveza! —levanta la voz llamando la atención de la camarera.
La bonita muchacha se acerca con la botella en la mano y una sonrisa coqueta.
¡Ehhh!
Tranquila fiera. Esta noche, este es mío.
Pago la consumición mientras la miro con una clara advertencia.
James toma la botella por el cuello y se echa al coleteo un largo trago poniendo sus labios alrededor de la boca de vidrio.
Tengo escalofríos.
Su garganta se mueve al compás del trago y deseo que esa boca ahora mismo esté en otro sitio. Pasea la lengua por sus labios recogiendo las diminutas gotas que los humedece. En sus ojos una chispa de diversión.
—¿Estás caliente? —quiere saber en tono burlón.
—Como el infierno —contesto.
¿Para qué mentir si lo está viendo?
Todo yo soy pura dureza.
Una estatua de granito viviente.
Acerco el whisky a mi boca. Paladeo el amargo sabor de la madera contemplando cómo le afecta mi respuesta.
Contiene el aliento y se altera.
Mi excitación le golpea. Despierta sus sentidos.
Dejo mi vaso sobre la barra, alargo el brazo y agarro su nuca.
Avanzo el único paso que nos separa. Me pego a su cuerpo.
Nuestras bocas... tan juntas.
—Te deseo —susurro.
Mi aliento se mezcla con el suyo.
—Vamos a un hotel —murmura.

James conoce la zona.
Cerca de allí hay un pequeño hotel, cómodo y discreto.
Nos dirigimos hacia él con pasos lentos.
La ansiedad y el deseo nos corroen, pero ambos parecemos estar de acuerdo en tomarnos el asunto con parsimonia.
Mi miembro palpita mientras camino a su lado.

El viento de la despejada noche agita mi melena.

El aroma del incipiente otoño asalta mi olfato.

Las estrellas brillan en el firmamento.

¿Demasiado romántico?

Tal vez.

Pero es que siento que la pasión más desatada me espera a la vuelta de la esquina.

De pronto, me veo arrastrado hacia una oscura calleja.

Es poco menos que un estrecho pasillo, pero se me antoja el paraíso cuando James utiliza toda su fuerza para aplastarme contra la pared. Se pega a mi cuerpo. Atrapa mi cabeza entre sus manos y me besa.

No puedo explicar lo que siento.

Su deseo me golpea dejándome indefenso.

Nuestras lenguas se encuentran en un tórrido baile de pasiones y anhelos.

Él jadea.

Yo jadeo.

Paseo mis manos por su firme espalda.

Él por el frente de mis vaqueros.

Está tenso como un cable de acero.

Se le escapa un lamento al palpar mi dureza.

—No puedo más —musita contra mis labios.

—Shhhh. —Intento calmar su fuego que no es más que el reflejo del mío—. Tenemos tiempo. Toda la noche.

Mordisqueo su labio inferior y me bebo sus gemidos.

Yo también estoy muy agitado.

Mi sexo clama liberación.

El suyo está hambriento.

Temo que ninguno de los dos llegue al hotel sin causar algún estropicio.

Como si de repente estuviéramos sincronizados echamos a correr. El ruido de la inquieta carrera resuena en nuestros tímpanos.

Llegamos al hotel entre jadeos y risas.

Ya en la habitación nos miramos en silencio.

El aire se carga de energía.

Como dos polos opuestos nos acercamos el uno hacia los brazos del otro.

Bajo el reflejo de la lámpara, James es más sensual de lo que aparenta. Sus ojos brillan de lascivia mientras me aparto un par de centímetros, dejo la cazadora en el suelo y me quito la camiseta.

Sus pupilas resplandecen.

Creo que está pensando que mi pecho le gusta.

Con mano temblorosa me acaricia.
Se pasea desde mi cuello. Baja para enredarse en mi vello y roza mis pezones que se endurecen bajo sus dedos.
Inclina la cabeza y mordisquea el derecho.
Un volcán de imparable ardor estalla en mi interior.
Acaricio su suave pelo, tan corto que se me escapa entre los dedos.
Sopla suavemente sobre mi pezón izquierdo.
Mi piel se eriza.
Busco casi ciego los botones de su camisa y él, sonriendo, se deja hacer.
Otra prenda más en el suelo.
Me regodeo con su torso.
Un sedoso vello oscuro nace en su pecho y desciende en línea recta por su estómago para perderse por la cinturilla del pantalón.
Tomo su muñeca y con gesto impaciente le indico la cama.
James se estira.
La visión de su desnudez contra el colchón despierta en mí una sed aterradora.
Casi le arranco las botas que lanzo por encima de mi hombro hacia cualquier parte de la habitación.
Le siguen los calcetines.
Me monto sobre sus muslos.
Agacho la cabeza y mi pelo cae como una cascada que roza sus pectorales. Repto como una serpiente besando su cuerpo, arrasando a mi paso cada partícula de su sabor.
He recorrido la mitad del camino de su piel con la lengua, tan intensamente, sin olvidarme del más mínimo rincón, que pienso que podría hacer noche en su ombligo y continuar mañana.
Un cuerno.
Su tableta luce profundamente marcada, natural como la mía y no como la de aquellos espartanos de película. Pierdo mi lengua en cada pliegue al mismo tiempo que bajo la cremallera de su pantalón.
El vello de su pubis acapara mi atención.
¡Dios!
Tampoco lleva ropa interior.
¿Qué queréis que os diga?
No en vano es un cazador.
¡Uf!
Maravilloso.
James levanta las caderas para que yo pueda deslizar el pantalón por sus muslos.
Descubro su sexo hinchado. La roja cabeza apunta hacia su vientre con una hermosa gota transparente.
Latente.

Meritorio.

Sexy, sexy, sexy.

Me desnudo completamente mientras él, desde la cama con las manos bajo la nuca, la boca tremendamente tentadora y una indómita luz en sus ojos oscuros, no se pierde ni un detalle de mi tenso cuerpo.

No recuerdo si he comentado que estoy tatuado.

En mi pierna derecha, la cabeza de un dragón rojo y negro nace desde la rodilla, trepa rodeando el muslo y la larga cola muere en la ingle rasurada.

Mi miembro palpita y se alza libre al fin.

La mirada de James me recorre con pereza.

Le agrada mi sexo desnudo de vello.

Yo también soy meritorio, aunque él es más grueso.

Nuestras carnes vibran cuando me tumbo a su lado.

Nuestros labios se buscan hambrientos.

El calor que desprendemos resulta abrumador.

Nuestras manos exploran cada recoveco.

James se alza sobre mí.

Me atrapa entre la cama y su cuerpo.

Nuestros miembros se rozan. Se besan.

Mis manos vuelan por su tersa espalda.

Desciendo lentamente.

Jadea contra mi boca cuando acaricio sus prietas nalgas.

Me bebo sus quejidos como un náufrago sediento. Separo mis piernas.

James se mete entre ellas. Juega con mis pezones.

Me restriego contra su vientre y arqueo la pelvis demostrando cuánto le deseo.

Sonríe mirando mis ojos. Besa mi rostro con ternura mientras murmura dulces palabras que se graban a fuego en mi memoria.

Me estoy enamorando.

La sangre fluye por mis venas espesa y alocada.

Siento el rápido latir del corazón de mi amante.

James resbala por mi piel y lame cada trazo del dibujo de mi muslo. El dragón cobra vida palpitando hechizado cuando él besa el final de la cola.

¿Podéis sentir mi emoción?

¿Adivináis mi desatada pasión?

¿Acertáis a ver cómo mi respiración entrecorta mi aliento?

Con un flexible gesto, James se da la vuelta y nos enzarzamos en un glorioso sesenta y nueve. Como rivales en una competición, luchamos para vencer al otro.

Mi boca está plena.

Nuestras caderas se mueven al compás de un coro celestial.

James jadea.

Yo me lamento.

Siento su saliva recorrer el largo de mi sexo.

Yo me entretengo con su punta.
Le castigo con mi lengua.
Anhelo su licor.
Su tesa verga se hincha aún más cuando el orgasmo le arrasa.
Vierte su caliente y acre esperma en mi garganta y yo estallo en su boca. Largos chorros escapan como un torrente de mi rígido falo.
El placer nos arrastra hacia la locura.
Ninguno de los dos ha desperdiciado ni una gota, como si con ese acto selláramos un pacto de lujuria.
Contra las almohadas, uno al lado del otro, recobramos el resuello.
Nuestros pechos suben y bajan buscando un aire que a esas alturas ya está cargado de aromas sensuales.
Nuestros sexos descansan dormidos entre los muslos y una poderosa languidez se apodera de mi cuerpo.
James se tira de la cama y, en su esplendorosa desnudez, se acerca al minibar.
Prepara un whisky para mí y abre una cerveza para él.
Me siento sobre el colchón con las piernas cruzadas. Tomo el vaso que me tiende.
—Por una noche inolvidable —dice sonriendo.
—Brindo por eso —respondo a su sonrisa con una mía.
Se la bebe de un trago. Está sediento.
James recupera sus pantalones y de una pequeña pitillera de plata extrae un cigarro de marihuana. Se lo pone en la boca mientras busca el mechero, dejando de paso sobre la cama un par de condones.
Bien.
Alcohol, drogas y sexo.
Explosiva combinación.
Compartimos calada tras calada.
James, sentado frente a mí, acaricia mi pelo.
Aborto, parece disfrutar de su tacto mientras yo le observo en silencio.
—¿Sabes? —dice de pronto—. Esta noche voy a entrar en ti con la inquietante sospecha de no conseguir saciar esta hambre que siento.
Me estremezco.
Contengo el aliento.
Mi sangre se licua cuando veo la pureza de su deseo.
Este hombre me mata.
Es diferente de todos mis otros amantes.
Me excita su voz.
Cada uno de sus gestos.
Quisiera abrirle de par en par y perderme en cada pliegue de su cuerpo.
Me siento más viril que nunca.

Hombre contra hombre, renaciendo un olvidado sentimiento que late en mi pecho.

—¿Cuántos años tienes? —pregunta.

—Hoy cumplo veintiocho —contesto—. ¿Y tú?

Eleva las cejas en un gesto travieso.

—Treinta y dos. ¿Lo estás celebrando?

Le miro intensamente.

Sé que ahora piensa en verdes praderas.

—TÚ... eres mi regalo —susurro.

James me obsequia con un exquisito beso mientras vosotras aplaudís mi respuesta.

Estás sembrao chiquitín, os escucho decir.

Sí, sí, vosotras reíd, que yo me he ganado un beso.

Le tumbo cerniéndome sobre él.

Dibujo con el dedo el contorno de su mandíbula. La incipiente barba empieza a sombrear su rostro y raspa mis yemas.

Paseo mis manos por todo su cuerpo mientras él, lánguido, se deja hacer. Me alienta con sus oscuros ojos. No necesita pronunciar ninguna palabra para hacerme comprender que acepta ser mi regalo.

En su silenciosa entrega adivino el placer que le proporciona mi tacto y me siento endurecer.

Tranquilo, me regaño.

Tenemos mucho tiempo.

Interminables minutos de placer.

Atrapo entre los dientes sus diminutos pezones.

Crecen entre mis labios y los succiono.

James apresa mi cabeza, me incita a lamerle.

—Más fuerte —gime—. Por favor.

El vello de su pecho me hace cosquillas en la nariz y, mi mano, como si fuera un ser dotado de voluntad propia, acaricia su estómago y se pierde en la ingle.

Beso sus húmedos labios.

Penetro con mi lengua su boca.

Lengua contra lengua.

Piel contra piel.

James eleva las caderas.

Sé lo que quiere y sonrío.

Soy el dominante.

Está a mi merced.

Decido hacerle sufrir un poquito.

Hay en la ansiedad un punto de sufrimiento placentero que me excita.

Alejo mi mano de la zona de peligro y sonrío ante su queja.

Mi sexo está de nuevo despierto.

También yo sufro las consecuencias de mis actos.

Me duele.
Palpita.
Rezuma deseoso por adueñarse de James.
Siento sus dedos cerrándose sobre mí.
Le aparto.
Gruñe.
—Seth. Ahora. Estoy preparado.
Intenta imprimir a su voz un tono de dureza que acaba diluido en otro
de súplica.
Me aparto, sintiendo por un segundo un extraño vacío.
Me falta su cuerpo entre los brazos.
Me enfundo el condón con gestos precisos.
Separo sus piernas y las apoyo sobre mis hombros.
Lenta... muy lentamente... me introduzco en su cuerpo.
James contiene la respiración.
Nos miramos mientras centímetro a centímetro mi rígido sexo se abre
camino.
Siento cómo se dilata a mi paso.
Veo sus ojos clarear de fiera lujuria.
Ya estoy dentro.
Todo entero.
Un largo suspiro escapa de sus labios.
Me desea.
Más de lo que puede decir y, sin embargo, sí lo demuestra.
Si el deseo tuviera un rostro, sería el de James.
—Ámame —murmura enronquecido—. Seth, te necesito.
Mi nombre en su boca suena a pecado.
Mi sexo ruge en su calor.
Me mezo suavemente al principio.
Deseo arrancarle gemidos.
Poco a poco, rítmicamente, le hago el amor.
El sudor empapa mis sienes.
La sangre corre espesa.
Cabalgo entre sus piernas como poseído por un diablo.
James se arquea y aún le penetro más a fondo.
Colma mis oídos con sus entrecortados gemidos.
No deja de mirarme.
No cierra los ojos.
Presiento que quiere grabarme para siempre en sus retinas.
Posiblemente está viendo en mis ojos todo el placer que siento. Lo que
me provoca estar extraviado en su cuerpo.
Sonríe mientras gime.
Y yo deseo que este momento sea eterno.
Empujón tras empujón le venero en el altar de mi desenfreno.

Eyaculo con un sonido estrangulado y caigo rendido contra su pecho.
Su corazón late apresurado.
Acaricia mi espalda dulcemente.
Es curioso que en un hombre tan masculino se oculte tanta ternura.

Supongo que estoy dormido.
De otro modo no me explico por qué no dejáis de torturarme.
Que si soy un bruto por dormir.
Que vaya manera más tonta de perder el tiempo.
Que James está demasiado bueno para desperdiciarlo...
Pfffffffffffff.
¡Y vosotras qué sabréis!
Soy yo el que descansa sobre su cuerpo.
Soy yo el que siente cada latido de su corazón al compás del mío.
Soy yo el que huele su piel.
Soy yo el que palpa sus duros músculos.
No quiero que esta noche acabe.
James aún desea amarme.
Aún no ha acabado conmigo.
Ni yo con él.
Tal vez este encuentro dure más de lo previsto.
Así que... ¡Dejadme en paz!
James descansa con mi cabeza en su pecho.
Yacemos abrazados.
Piernas y brazos entrelazados.
¿Qué estoy muy serio?
Soy un tipo serio.
¿Cómo que no?
¿Acaso dudáis de mí?
Bueno.
Tal vez tengáis un poquito de razón.
Estoy preocupado.
Creo que me he enamorado.
Y me siento un poco raro.
Sé que juré no hacerlo. Pero Aidan ya está muy lejos y a James lo siento muy cercano.
¿Estoy loco o soy un tonto?
Ah... Que no.
Que ni loco ni tonto.
Vosotras como siempre lanzando opiniones que nadie quiere.
¡Mujeres!
¡Vale, vale!
Que sí... Que lo reconozco.

Le amo.
Con toda la fuerza que un hombre es capaz de amar.
¿Demasiado pronto?
¿Confundo amor y lujuria?
Según vosotras todo es posible y nada seguro.
De vuelta al principio.
¿Y ahora qué hago?
¿Que se lo diga?
¿Quién es esa loca?
¿Cómo le digo a este hombre que reposa a mi lado que me he enamorado sin conocerle?
Va a pensar que soy un demente.
Que no. Que no.
¡He dicho que no!
¿Por qué vosotras calláis vuestros secretos y pretendéis que yo revele los míos?
¿Qué James se ha enamorado?
Otra loca.
¡Cómo os atrevéis a insinuar semejante despropósito!
¿Qué pasa?
¿Acaso sabéis algo que yo desconozco?
¿O es que entre vosotras hay una vidente?
¡Vamos!
No me hagáis reír.
—Seth —me llama James—. Seth, despierta.
Abro los ojos para darme cuenta de que estaba soñando.
Miro mi reloj de pulsera. De hecho, solo he dormido treinta minutos.
Lo único real es que estamos abrazados.
—Hablas en sueños —comenta divertido—. ¿Con quién te peleas?
Gruño.
¡Maldita sea!
Me levanto de un salto y esta vez soy yo el va a por un par de cervezas.
James, con la botella en la mano se dirige hacia el balcón.
Aparta la cortina y mira la calle mientras bebe. Yo contemplo su musculosa espalda sentado a los pies de la cama.
—Seth —me llama en voz baja.
—¿Qué? —pregunto temiendo que la he cagado.
—Yo también te amo.
Creo que voy a estar tosiendo hasta el día del juicio final.
La cerveza se me ha ido por otro lado y me atraganto.
—¿Cómo dices? —carraspeo medio ahogado.
Se gira con una deliciosa mueca en los labios.

—Que sí —dice—. Que es muy pronto. Que ambos estamos locos... Pero yo te amo. Lo hice desde el momento que te vi en la escalera. ¿Por qué? No lo sé. Recé para que nos encontráramos y cuando llegaste a mi lado, supe con toda certeza que eras el hombre de mis sueños.

—James...

—No, no me interrumpas, por favor.

Yo me callo.

—Yo tampoco lo entiendo —continúa—. Pero lo siento aquí dentro. —Se golpea el corazón—. Y estoy muerto de miedo. Nunca había sentido algo como esto.

¡A verrrrrrrrrr!

La vidente loca ¡que se presente *ipso facto*! que le voy a dar un beso en todos los morros.

—James. —Me mira con el alma en los ojos cuando le llamo—. ¿Qué te parece si tan solo nos amamos dejándonos llevar por el viento?

¡Joder!

¡Si hasta estoy poético!

Él sonríe.

—Dios mío, cómo te quiero —dice bajito.

He muerto y estoy en el cielo.

Resulta realmente extraño que dos personas se encuentren en un momento y un lugar preciso para que sus vidas cambien para siempre.

No quiero pensar en una explicación lógica.

No quiero luchar contra la locura.

Si esto debía suceder... que así sea.

Quiero vivirlo.

Quiero sentirlo.

El mañana ya vendrá y se encargará de poner las cosas en su sitio.

Por ahora solo quiero estar aquí, en los brazos de James. Sintiendo sus embriagadores besos, notando el calor de sus manos en mi piel.

Justo como ahora mismo.

Si pudiera expresar lo que siento cuando le tengo a mi lado ahora que sé que nos amamos.

Su tacto parece incluso haber cambiado.

Mi espalda vibra.

Me está acariciando.

Se ha empeñado en trazar dibujos sobre mi dorso.

¿Qué dirá cuando sepa que el dibujo es mi vida?

Aunque sé que solo lo está haciendo como excusa para acercarse a su objetivo.

Siento sus palmas sobre mis duras nalgas.

Le noto moverse con una intención clara.

No necesito mirarle para saber que su sexo está vivo.
Casi brinco cuando siento su lengua paseándose caliente por mi trasero.
Separa mi carne con los dedos y juguetea a las puertas de las profundidades de mi cuerpo.
Finalmente, lo siento.
Su lengua me lanza de cabeza a la vorágine del placer.
Necesito abandonarme.
Quiero sentirle muy dentro de mí.
—Ven —susurra poniéndose de pie.
Apaga las luces del cuarto y yo le miro confuso.
—Ven —repite.
Le sigo hasta el balcón y, asombrado, compruebo cómo abre la puerta.
—Sal. —Señala con un gesto de la cabeza.
Atravieso el umbral y me encuentro en un pequeño balcón con el antepecho de ladrillos.
Las luces de la ciudad brillan mortecinas bajo el incipiente amanecer.
—Quiero amarte aquí, con el despertar de un nuevo día —su voz ronca tras de mí delata sus sentimientos.
De verdad, lo juro, de esta yo me muero.
Le abrazo pegándole contra mi cuerpo.
Él me besa.
Yo le beso.
Siento su grueso sexo latiendo poderoso contra mi vientre.
El mío responde con una sola lágrima de deseo.
Embelesado miro cómo se ajusta la protección.
Las manos de James rodean mi cintura.
Entiendo que es el momento.
Sé lo que quiere y yo me giro.
Apoyo las manos en el antepecho y me inclino.
El viento de la madrugada se lleva mi lamento.
James me penetra con infinito cuidado mientras me abro lentamente a su paso.
Voluptuoso y duro como una roca siento su final cuando se abraza a mi espalda.
Jadea.
Yo muerdo mis labios para no gritar.
Cadencioso se mueve de afuera hacia adentro.
Cierro los ojos con la cabeza vencida entre los hombros.
Me devuelve el castigo que pretendí imponer en su momento.
Se queda quieto.
Palpita en mi interior, pero no se mueve.
—James... —Ahora soy yo el que suplica.
Escucho su risa divertida.

Empieza a mecerse de nuevo.

Esta vez con la suficiente fuerza para sentir cómo sus testículos me golpean mientras aferra mis caderas con manos de hierro.

¡Dios mío!

Quiero...

Deseo...

No sé lo que quiero o deseo.

Golpe a golpe siento que desfallezco.

Las rodillas me tiemblan y apenas soy capaz de respirar.

Mi mente solo puede pensar en una cosa.

En un nombre.

James.

En el hombre que con un rugido contenido se derrama con furia mientras mi orgasmo escapa a borbotones cayendo hasta mis pies.

Cuando abro los ojos y miro el reloj, ya es mediodía.

Esta vez es James quien reposa sobre mi vientre con el rostro vuelto hacia mí.

Dormido me recuerda a un ángel desvalido.

Parpadeo enfocando la vista y casi puedo ver como las musas de mi inspiración a los pies de la cama, contemplándonos en silencio.

Sé que habéis venido a decir adiós.

Ya no os necesito.

Sonreís satisfechas sabiendo que ahora estoy en buenas manos. Lentamente, como entre brumas, os veo desaparecer con lágrimas de alegría.

Tal vez tengáis razón y James sea mi destino.

Ya sé que no soy nada original en esta despedida, pero mirando su hermosa cara perfectamente masculina, me viene a la memoria una de esas frases que el cine ha hecho famosas.

Como colofón, me voy a permitir la licencia de alterar la última palabra por la que de verdad siento que golpea mi pecho.

Este es el comienzo de un gran amor.